

sonriente, pero con un poquito de amargura; Padre Eusebio, encantado y haciendo signos de aprobación; Florentino, asombrado de aquel desatino; Echevarrieta, frotándose las manos de gusto; Clemente va retirándose.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Las ventanas abiertas y las contras entornadas, penetrando por ellas un foco del sol que inunda el patio. En escena más luces y más flores. Es en Julio, por la mañana. Doña Anunciación, de negro con algún cabo blanco. Las demás, traje de color. Los hombres, trajes claros, de americana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANUNCIACIÓN, SACRAMENTO, ANUNCIA y CLEMENTE, sentados; JUANA, de pie. Están terminando sus rezos.

ANUN.—Por la memoria de vuestro padre. Padre nuestro, etc.—(Todos siguen el rezo. Mascullando.)—Por los caminantes y navegantes. Padre nuestro, etc. Porque Dios conserve la salud de Agustín y la prosperidad de la casa. Padre nuestro, etc.

SAC.—Padre nuestro...

CLEM.—(Aparte a Sacramento.)—¡Y a los demás que nos parta una centella!

SAC.—¡Calla! Que estás en los cielos...

CLEM.—Qué voy a estar...

SAC.—¡Calla! Santificado sea...

(Termina el rezo. Sacramento,
Anuncia y Clemente besan la
mano a doña Anunciación;
Juana mutis por izquierda.)

ANUN.—Anuncia, ¿y tu marido?

ANUNCIA.—Ahora vendrá a buscarme.

ANUN.—¿Seguís tan contentos y tan dichosos?...

ANUNCIA.—Sí, señora. Antonio me quiere mucho. ¡Han pasado estos cinco meses de matrimonio en un soplo!

ANUN.—Cuando yo te dí mi consentimiento es porque tenía la seguridad de que Antonio era un buen muchacho y lo será siempre.

CLEM.—(A Sacramento).—Mamá no ha hecho nada en su vida, más que ser nuestra mamá, pero está segura de todo.

SAC.—¿Y no es preferible que tenga esa confianza en todo lo bueno?

CLEM.—¡Qué ha de ser!

SAC.—Contigo bien acertó. Cuando temíamos que tus querellas con Agustín concluyeran malamente, un rayito de luz te ha iluminado, y fuiste formal y juicioso, no exigiéndole ya más

cantidades que él no podía darte sin perjudicar los intereses de la fábrica.

CLEM.—Ya verás el rayito... y ya oirás el truenito.

SAC.—¡No des más disgustos a Agustín, Clemente! Es severo, sí pero lo es por el bien de todos vosotros.

CLEM.—Bueno, bueno, no sermonees tú.

SAC.—¿Por qué no quieres bien, pero bien del todo, a tu hermano?...

CLEM.—¡Tú me gustas! ¿A él, reverenciarlo, y yo fastidiarme?... ¡Vamos... vamos!... Agustín es un roñoso: no suelta un cuarto aunque lo abrasen. Eso sí, la mensualidad cabal y exacta... pero después, Dios no ve un ochavo!

SAC.—Tiene muchas obligaciones.

CLEM.—Tendrá. Pero llevamos cuatro años de una tacañería irritante. ¡Esto no es vivir!

SAC.—No te quejes tú, que de seis días pasas cinco en Madrid.

CLEM.—Yo... yo soy yo.

SAC.—Eso no creo que te lo niegue nadie.

CLEM.—Y yo me entiendo.

ANUN.—¿Habéis mandado a buscar al carpintero? Que ya os lo he dicho dos veces.

SAC.—Ha venido ya. Y pide sesenta duros por echar las tablas nuevas.

ANUN.—¿Sesenta duros? ¡Ni pensar! Ya tirarán los pisos unos añitos más.

CLEM.—(A Sacramento.)—¡Mamá me gustal Que venga el albañil, que venga el carpintero, que venga el electricista, y en cuanto vienen y piden un duro, que se vaya el electricista, que se vaya el carpintero... ¡Eso no es formal!

SAC.—Piden mucho y no se puede.

CLEM.—¿Piden?... Pedir es una torpeza; ya lo sé...

(*Da media vuelta y mutis por derecha.*)

ESCENA II

DICHOS y DON FLORENTINO por izquierda.

FLOR.—Felices.

ANUN.—Hola, doctor.

FLOR.—Fuí al despacho con intención de que saliéramos juntos, pero hubo que desistir. Echevarrieta y Agustín se han metido en números y no hacen caso de nadie...

SAC.—Hoy es día de pago a los obreros.

FLOR.—Ya habían pagado.

SAC.—No se retrasa nunca.

FLOR.—Nunca. Y la gente erre que erre en que aquello va mal.

SAC.—Eso quisieran algunos para echarles la garra a la fábrica...

ANUN.—Va muy bien. Como debe ir y como Dios ha dispuesto que vaya.

FLOR.—¡Qué labor ha hecho Agustín en estos cuatro años! ¡Maravillosa!

SAC.—¡Enorme! Yo creí que no iba a desenvolverse, pero me voy persuadiendo de que no hay como los médicos para dirigir una fábrica...

FLOR.—Aunque lo diga usted en broma, Sacrita. Los médicos servimos para todo: creo yo que hasta para curar... Y ustedes perdonen si les parece que exagero.

ANUN.—¿No curan ustedes?... ¡Esto me faltaba por ver en el mundo!

ANUNCIA.—¡Quién lo diría de Agustín!...

FLOR.—Declaro que me engañé. Cuidado que yo le aconsejaba que tomase posesión de la cátedra y pidiera luego la excedencia, pero el hombre es muy hombre y me dijo que nó resueltamente; y no tomó posesión, y se perdió la cátedra, y fué un grandísimo disparate... que ha resultado muy bien.

SAC.—Pero lo ha trabajado...

FLOR.—¿Que si lo ha trabajado?... Ahora ya está repuesto, pero hubo una temporada, entre las desazones, los nervios, la morfina y los disgustos de Clemente, que se nos quedó como una oblea, y por poco, por muy poco, doña Anunciación, nos quedamos sin la oblea también.

ANUN.—Pero yo recé tanto...

FLOR.—Eso es: usted rezó tanto, yo rece...té tanto... y él es tan duro y tan fuerte, que gracias a los rezos de usted y a pesar de las recetas mías, se ha salvado.

SAC.—Agustín lo merece, que es muy bueno.

FLOR.—No tiene un vicio, ni gasta en sí una peseta.

ANUNCIA.—Ni la deja gastar. Fué un bochoro la miseria con que se celebró mi boda...

FLOR.—No tiene usted razón, Anuncia: en la boda no hubo lujos, pero no ha habido miseria. Y particularmente para usted, hubo lo que supongo que usted desearía más...

ANUNCIA.—¿El qué?

FLOR.—El novio.

ANUNCIA.—(Desdeñosa.)—¡Bah!...

FLOR.—Si en ello se ha escatimado, no le eche usted la culpa a Agustín.

ANUN.—Calle, calle. Y oiga, doctor...—(Llévandoselo aparte.)—¿No encuentra usted que Anuncia está algo pálida?

FLOR.—Déjela estar...

ANUN.—Pero fijese, hágame el favor.

FLOR.—Déjela estar. Si lo es, ya llorará.

ANUN.—¿La pobre Anuncia?

FLOR.—No, Anuncia, no; lo que sea, ya llorará, y nos enteraremos.

ANUN.—¡Qué descastado es!...

FLOR.—Señora, yo sirvo en la estación de llegada y no en las de tránsito. Cuando llegue, avisen.

ESCENA III

DICHOS y ECHEVARRIETA por la izquierda

ECHEV.—¿Se puede? Abajo queda el patrón, que lo pescaron en la puerta unos señores, y yo aligeré porque tengo que dar tres noticias. Primera: que hoy almuerzo aquí yo.

SAC.—¡Bendito sea Dios que acepta usted una vez!

ECHEV.—Lo mejor es que me convidé yo mismo. Segunda: que nada de verduritas, doña Anunciación...

ANUN.—Bueno, hombre.

ECHEV.—Y tercera: que el patrón y yo y todo el que quiera, tomaremos una copita de cognac.

FLOR.—¿Qué ocurre para ese festín?...

ECHEV.—Pues otras tres noticias.

FLOR.—Van de tres en tres...

ECHEV.—Como los matrimonios de París... Bueno. Primera: que el lunes me largo a Madrid. Segunda: que el lunes pagamos, en contante y sonante, la mitad de la cochina hipoteca.

ANUN.—¡Echevarrieta!

ECHEV.—Y tercera: que nos quieren comprar la fábrica y no nos da la santísima gana de venderla.

ANUN.—¡¡Echevarrieta!!

ECHEV.—No me llame usted más, que ya estoy aquí.

SAC.—Quiere decir que se va muy bien, ¿eh?

ECHEV.—Muy bien. Tenemos ahorrado en cuatro años treinta y cinco mil pesetas como treinta y cinco mil soles, que es la mitad cabal de la hipoteca, y que el lunes la rebajamos. La otra mitad en tres añitos fuera. ¡Ahora sí, rebañar se ha rebañado hasta las cejas! El sueldo del director de los cuatro años, ahí se va: la mi-

tad del mío, ahí se va. Con mi buen recibo, claro, y ya me lo cobraré. Lo primero es doña fábrica. Y el que pida dos cincuenta para gollerías, ¡fusilado!

SAC.—¡No sabe usted el alegrón que me da, Echevarrieta!

ECHEV.—Pues a demostrarlo en el almuerzo, que esa es la seriedad de una mujercita de su casa.

SAC.—Voy, voy...

(Mutis por izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, MENOS SACRAMENTO

ANUN.—¿Y dice usted que hacen proposiciones de compra?...

ECHEV.—Como si hicieran gárgaras. El patrón y yo decimos que no se vende: y aunque lo diga el patrón, no lo digo yo, y no se vende.

ANUNCIA.—¿Es de usted?...

ECHEV.—¿Cómo que si es mía? Don Agustín y yo nos pasamos allí la vida defendiendo el negocio como gatos para que todos ustedes se lo disfruten sin un disgusto y usted en cambio se regodea con lo que nosotros trabajamos. ¡Bue-

no, la fábrica no es mía, no señora... pero lo curioso es qué sea de usted!

ANUNCIA.—¿Se puede saber o no lo que proponen?

ECHEV.—Una indecencia. Veinte mil duros libres para ustedes, pagando él las hipotecas, es lo que ese granuja y ladrón y estafador...

ANUN.—(Escandalizada una vez más.)—¡Echevarrieta!

ECHEV.—Y usurero, que atiende por Bartolomé Rosales, ha tenido la osadía de ofrecerle a don Agustín por segunda vez ya. Y como en lo de la compra le dimos un bufido, aún vuelve ese granuja, ese asesino...

ANUN.—¡¡Echevarrieta!!

ECHEV.—A decirnos que si queremos aumentar el capital, él aportará una cantidad. ¡Métase usted la cantidad...!

ANUN.—

ANUNCIA.— } (A un tiempo.)—¡Echevarrieta!

ECHEV.—Ahora han hecho ustedes bien en avisarme, sí señora. Nos bastamos nosotros para ir adelante, aunque digan y redigan que ni los jornales se pueden pagar, para despreciarnos y que caiga baratita. ¡Pues que se limpien!

ANUNCIA.—No digo yo que no valga mucho

más, pero tampoco es una oferta para calificar con tanta dureza al señor Rosales.

ECHEV.—Por los dedos. Veinte: diez para su madre de usted, de gananciales; diez para tres hermanos. A tres mil y pico de duros cada uno, ¿es eso un negocio?

ANUNCIA.—Pero llevamos cuatro años sin recibir un céntimo.

ECHEV.—Y tres que han de pasar todavía.

ANUNCIA.—Pues a mí no me parece tan disparatado...

ECHEV.—Por algo no dejan administrar a las mujeres... y por algo no me casé yo. Y disimule usted, doña Anunciación, que usted no es una mujer; usted es una santa.

ANUN.—Pero no me gusta que emplee usted terminachos...

ECHEV.—Ni a mí, señora; pero cuando me acaloro no tropiezo con una palabra bonita ni para un remedio y tampoco sería justo que me quedara sin decir lo que es del caso.

ANUN.—Haga usted lo posible...

ECHEV.—Ya lo haré... Pero verá usted cómo en la primera vuelven a salir.

ANUN.—Lo sentiré, porque nosotros le queremos a usted, y ese defectillo, que es el único de usted...

ESCENA V

DICHOS. AGUSTÍN por izquierda.

FLOR.—¡Ya sé que estás de enhorabuena!

AGUS.—Sí, lo estoy, pero haciéndola extensiva a todos, que si mi madre y mis hermanos no se avinieran a este régimen de tiranía que las circunstancias nos imponen, poco habría podido hacer yo solo. ¿Poco? ¡Nada!

ANUN.—¿Pagáis el lunes, eh?...—*(Abrazándolo.)*

AGUS.—El lunes. Y ya con media carga y medios intereses, se respira. Con todo, era abrumador; pero hay que ir escapado a liberar completamente.

ECHEV.—¡Y vamos!

AGUS.—*(Sonriendo.)*—Iremos, iremos...

FLOR.—¿Quiere usted algo, doña Anunciación?

ANUNCIA. Oye, Agustín. Yo necesito hacer unas compras, que no me parece natural que las pague mi marido. Siempre le estoy pidiendo...

AGUS.—¿Qué es?...

ANUNCIA.—Poco...

AGUS.—Bueno, te lo daré.

ANUNCIA.—Unos dos mil reales...

AGUS.—No, no, no. Creí que hablabas de cinco duros o de diez... pero una cantidad así no puedo.

ANUNCIA.—No me la niegues, Agustín, que me pones en un compromiso.

AGUS.—En ninguno. Y si lo es realmente, tú te lo habrás buscado. No puedo, te lo repito; pero aunque pudiera... ¿si te lo facilitaba a tí, con qué autoridad lo negaría a mamá y a Clemente? No hay que pensar en eso, Anuncia.

ANUNCIA.—*(Contrariada.)*—Bien...

AGUS.—Vivimos muy decorosamente, pero más allá, ni una línea, en tanto que haya la amenaza de esa hipoteca.

ANUNCIA.—Se queda en la mitad.

AGUS.—¿Pero cómo se queda en la mitad? ¿Lo sabes?... Pues no insistas, que sería inútil.

ANUNCIA.—*(Con mal humor.)*—Adiós, mamá.

ANUN.—¿No esperas a tu marido?

ANUNCIA.—Yale encontraré en la calle. Adiós.

FLOR.—¿La acompaña?...

ANUNCIA.—Bueno.

(Sale sin mirar a Agustín y a Echevarrieta por izquierda.)

ECHEV.—Vaya usted con Dios...

AGUS.—(A Echevarrieta.)—¡Quería dos mil reales!...

ECHEV.—¡Ah!—(Alto.)—¡¡Vaya usted con Dios, vayall

ANUN.—(Saliedo tras de ella.)—No corras...

FLOR.—Por lo visto es paso de ataque... y yo de ataque ya no voy.

AGUS.—¿No quiere usted quedarse a almorzar?

FLOR.—No. Aún he de hacer alguna fechoría con un par de enfermos.

AGUS.—Cuando yo era médico también gastaba esas bromas. Ahora me guardo mucho de ellas.

FLOR.—Tú ya no eres del oficio y te entró el terror, ¿eh?...

AGUS.—Es probable.

ECHEV.—A usted solo, tal cual... pero cuando va usted con el Padre Eusebio se le ponen a uno los pelos de punta. Verdugo y sogá en la mano, son muchos detalles, don Florentino.

FLOR.—Por si acaso, salud. Buenos días.

(Mutis por izquierda.)

AGUS.—Adiós.

ESCENA VI

ECHAVARRIETA y AGUSTÍN, SACRAMENTO por derecha

SAC.—A ver, Echevarrieta.

AGUS.—Hazle compañía un momento.

(Mutis por derecha).

ESCENA VII

SACRAMENTO y ECHEVARRIETA

SAC.—Arroz con guisantes. Y jamón.

ECHEV.—Eso defiende a los guisantes.

SAC.—Truchas en escabeche. Una chuleta con patatas fritas, queso, fruta, vino, café y coñac. ¿Qué le parece?

ECHEV.—Serio.

SAC.—Y si quiere usted más, pida, que en la casa y en mí hay voluntad por arrobos para complacerle a usted.

ECHEV.—¡¡Mecachis!!

SAC.—¿Qué es mecachis?

ECHEV.—Me voy a hacer un lío para explicarlo; pero verá usted... usted me tiene buena voluntad.

SAC.—Muy buena.

ECHEV.—Usted para mí, doña Sacrita, es cualquier cosa menos una mujer.

SAC.—(*Un poco molestada.*)—Hombre, Echevarrieta...

ECHEV.—(*Contrariado.*)—He dicho una de las mías, ¿verdad? Pues le advierto a usted que era un piropo... y por lo visto me salió rana. ¡Es el inconveniente de tener pocas palabras para decir muchas cosas!...

SAC.—(*Riendo.*)—No, hombre, no...

ECHEV.—Pues vamos siguiendo... y vamos a ver dónde tropezamos ahora. Yo quería decir que usted será muy buena, muy guapa, muy lista; pero que yo no veo en usted a una mujer, sino a una hermana... pero una hermana que fuera mi señora...—(*Desesperado.*)—¡¡No, mi señora no!!... La señora mía y yo su criado.

SAC.—(*Agradecida.*)—Un buen amigo...

ECHEV.—¡A mí con los discursos me pasa como al que lleva por la calle un saco de harina al hombro, que cuando se disculpa con el señor de la derecha ya está manchando al señor de la izquierda! ¡Y lo que me da más rabia es que yo veo las ideas muy claras por dentro de la imaginación, pero cuando salen para fue-

ra ya no son claras, ni ideas, ni demonios!

SAC.—Eso importa poco, hablando con quien le aprecia a usted muy de veras, como nosotros.

ECHEV.—Bueno. Pues verá usted las mujeres que me encontraron bien... Usted; para usted y para mí, como si no. Mi madre, que me llamaba guapo: era mi madre, pero no sé yo si creería eso... Y una señora que me decía... ¡Bueno, lo mismo da lo que me decial

SAC.—¿Por qué da lo mismo?

ECHEV.—Setenta y dos años... ¿Es razón?

SAC.—Lo es.

ECHEV.—Y yo digo: ¡Que no le parezca uno bien más que a quienes no sirven para uno! ¡¡Eso es mecachis!!

SAC.—Usted se queja de pocos afectos, y es usted hombre y se las bandeja usted solito... pero ¿y yo, Echevarrieta?... ¡¡Si viera usted los miedos de soledad que yo he pasado!!

ECHEV.—¿Con lo que a usted la quieren aquí?

SAC.—Con lo que me quieren, sí, y no por ellos, sino por la fuerza misma de las cosas. Un día desaparecerá doña Anunciación. Anuncia se ha casado, y el marido, muy bueno, pero muy egoísta, no tiene por qué recogerme... Con Cle-

mente no voy a ir... Con Agustín, quedándose solo, no me voy a quedar...

ECHEV.—¿Por qué?

SAC.—(*Después de una vacilación.*)—¡Mechachis!

ECHEV.—Comprendido.

SAC.—Y ese día... ¿qué será de mí, Echevarrieta?

ECHEV.—Don Agustín no la abandonará a usted.

SAC.—También él puede faltar... Casarse...

ECHEV.—Prefiero que lo diga usted al revés: casarse y que falte luego.

SAC.—Yo le quiero mucho; con adoración...

ECHEV.—Y él a usted.

SAC.—Estoy convencida. Y antes de resolver nada que sea definitivo en mi vida tengo que hablar con él.

ECHEV.—Háblele, háblele, que oídos mejor dispuestos no los encontrará usted.

SAC.—¿Verdad?

ECHEV.—Se lo garantizo, que algo sé de ello.

SAC.—Si me atreviera, hoy le hablaba.

ECHEV.—Temerle es una injusticia. Y hoy además está satisfecho de los negocios... Háblele, háblele sin temor.

ESCENA VIII

DICHOS; AGUSTÍN por derecha.

AGUS.—(*A Sacramento.*)—Hazme el favor de mandar que lleven esa carta.

ECHEV.—La llevaré yo.

AGUS.—No es de importancia: la muchacha...

ECHEV.—(*Aparte a Sacra.*)—Vuelva en seguidita... ¡Y duro con él!

(*Sacramento sonríe y mutis por izquierda.*)

ESCENA IX

AGUSTÍN y ECHEVARRIETA

AGUS.—Escribí al Notario recordándole que hoy irás a recoger la copia de la escritura para que firmes en nombre de todos nosotros la cancelación.

ECHEV.—¿Por qué no va usted a Madrid?

AGUS.—¿Yo? ¿A divertirme...? No, no. Hasta que termine la obligación sagrada que me impone, trabajar y trabajar y trabajar.

ECHEV.—No está mal, que luego queda el ne-

gocio saneadito... como un viudo, que es lo más saneado que se conoce...

AGUS.—Fueron cuatro años duros, ¿eh?

ECHEV.—Ahora ya se le puede decir a usted... Lo que se han burlado los operarios de aquel director que no sabía ni los nombres de los torzales!

AGUS.—Pues ahora ya te lo puedo decir yo también. ¡Las lágrimas de ira y de rabia que he derramado los primeros tres meses las sabemos Dios y yo!

ECHEV.—Anda, ¡y yo no las he visto...!

AGUS.—Si las hubiera dejado ver, no lo sabríamos únicamente Dios y yo... pero había que animaros a todos y no podía yo mostrar flaqueza.

ECHEV.—¿Usted hace memoria del puñetazo aquel al capataz que se rió de usted?

AGUS.—Y estuvo muy mal.

ECHEV.—¡Qué iba a estar muy mal! Dos días con la cara hinchada y nada más.

AGUS.—Que no hiciste bien en castigar lo que yo perdonaba.

ECHEV.—Pues que rece un trisagio, que si entonces sé yo esto de los jipios de usted, con menos de una docena de zambombazos no se escapa. Y entonces sí que hubiera estado mal, don Agustín.

AGUS.—Ahora ya no se burlan, que es lo importante.

ECHEV.—Como que le da usted seiscientas mil vueltas al que más sepa del oficio.

AGUS.—¡Estoy muy satisfecho! Se ha cumplido con todos los pagos, se ahorró y en la casa veo a todos felices. La madre, como siempre, sin enterarse de donde vienen las bendiciones, pero tranquila, que era mi afán.

ECHEV.—El día que se entere de algo es que nos la han cambiado...

AGUS.—La hermana, casada y bien casada. Y el hermano parece que ha sentado un poco aquella cabeza loca. No trabaja, pero no estorba y no pide un cuarto. Se contenta buenamente con lo que le doy.

ECHEV.—Que ya es milagro.

AGUS.—¡Estoy muy contento, mucho!

ECHEV.—Pues no lo deje de la mano, que las alegrías y los niños se caen en seguida.

AGUS.—Y te debo a tí grandísima parte de esta satisfacción...

ECHEV.—No empiece usted a aflojarme tornillos de los sensibles... que yo soy muy tierno.

AGUS.—Como eres, eres mi amigo, y si no fuera por tí bien embarrancado estaba yo.

ECHEV.—¡Calle! ¡¡Calle!! ¡¡¡Calle!!! ¡¡Maldita seall No se me ocurre nada bonito para contestar... ¿A ver si lo arreglamos con un abrazo?

AGUS.—Eso dice más.—*(Se abrazan.)*

ECHEV.—¡Ojalá tuviera usted una pulmonía para que viera usted como lo cuidaba yo!

AGUS.—... sin embargo, prefiero no tenerla.

ECHEV.—Es un exagerar... pero en los cuidados no. Yo... y alguien más, que doña Sacrita me ha dicho ahora unas finuras de usted, que eran cosa especial, don Agustín.

AGUS.—*(Pausa.)*—Sacra es muy buena...

ECHEV.—Sí, señor.

AGUS.—*(Pausa.)*—Sacra es muy formal...

ECHEV.—Sí, señor.

AGUS.—*(Pausa: como si hablara todo esto consigo mismo.)*—Sacra es muy merecedora de todos los cariños.

ECHEV.—Sí, señor.

AGUS.—*(Pausa: como si de pronto se decidiera.)*—Echevarrieta, te voy a confiar un secreto.

ECHEV.—Confíelo...

AGUS.—¡Sacra es muy buena!

ECHEV.—¿Y ese es el secreto? ¡Me lo ha dicho usted antes gratis!

AGUS.—Oye, oye. Está sola en el mundo...

ECHEV.—Como yo.

AGUS.—Y me da lástima su porvenir.

ECHEV.—¿Y de lo otro,—*(Señalándole al corazón.)*—del gusanillo?

AGUS.—También hay algo. Tú ves que nos tratamos con la mayor cordialidad, que se desvive por complacerme, pero, en fin, todo eso puede ser del mismo afecto de hermanos...

ECHEV.—¡Cuando no se es hermano, riase usted del afecto de hermano, don Agustín! Yo he sabido dos casos de esos y los dos tuvieron familia a nada de casarse.

AGUS.—Pero aquí no hubo jamás ni el asomo de una chanza en ese terreno.

ECHEV.—¡Ya sé yo que usted es un caballero! Lo malo es que precisamente son los caballeros y las señoras los que están en ese peligro.

AGUS.—El día que la hable la primera palabra será para ir al matrimonio.

ECHEV.—Está bien.

AGUS.—Es decir... si ella quiere.

ECHEV.—Le voy a dar un bomboncito, don Agustín. Ella tiene que hablar con usted...

AGUS.—¿Sí?

ECHEV.—Y usted tiene que hablar con ella.
¡Conque a buscar padrino!

AGUS.—Tú.

ECHEV.—(Gozoso.)—¿Yo? —(Entristecido.)
—¿Yo?—(Gozoso otra vez.)—¿Yo? Mañana me
compro una corbata.—(Advirtiendo.)— Ahí
está...

ESCENA X

DICHOS y SACRAMENTO por la izquierda.

SAC.—Le dije que aguardara, por si tenía
contestación.

AGUS.—Hiciste bien.

ECHEV.—Con su permiso, un minuto...

AGUS.—¿Adónde vas?

ECHEV.—Le he dicho a usted que un minu-
to... y cuando se ha dicho que uno marcha por
tan poco tiempo, no se pregunta a dónde, don
Agustín, no se pregunta. Se supone.

AGUS.—Bien, bien.

*(Riendo: se vuelve de espaldas y
saca un pitillo. Echevarrieta le
hace señas a Sacramento para
que hable; Sacramento no se
atreve y va a retirarse, y enton-*

*ces Echevarrieta la detiene y la
empuja hacia Agustín; Agustín
mira, y Echevarrieta, haciendo
que se despedía, le besa la mano
a Sacramento.)*

ECHEV.—A los pies de usted.

AGUS.—Os vais a ver de nuevo inmediata-
mente. No sé para qué te despides.

ECHEV.—Hay que aprender maneras... no me
riña usted por fino. Un minuto...

*(Mutis por izquierda.) (Sacra que-
da con los ajos bajos: Agustín
la mira y sonríe.)*

ESCENA XI

SACRAMENTO y AGUSTÍN.

SAC.—¿Estás muy ocupado?

AGUS.—Como no sea ocupación el no hacer
nada...—(Pausa.)—¿Quieres decirme algo?

SAC.—(Va adelantando poco a poco.)—Hace
muchos días, más de dos meses, que deseo ha-
blarte y no me decido. Temo que no interpretes
bien.

AGUS.—No lo temas.

SAC.—Es que voy a decirte algo raro...